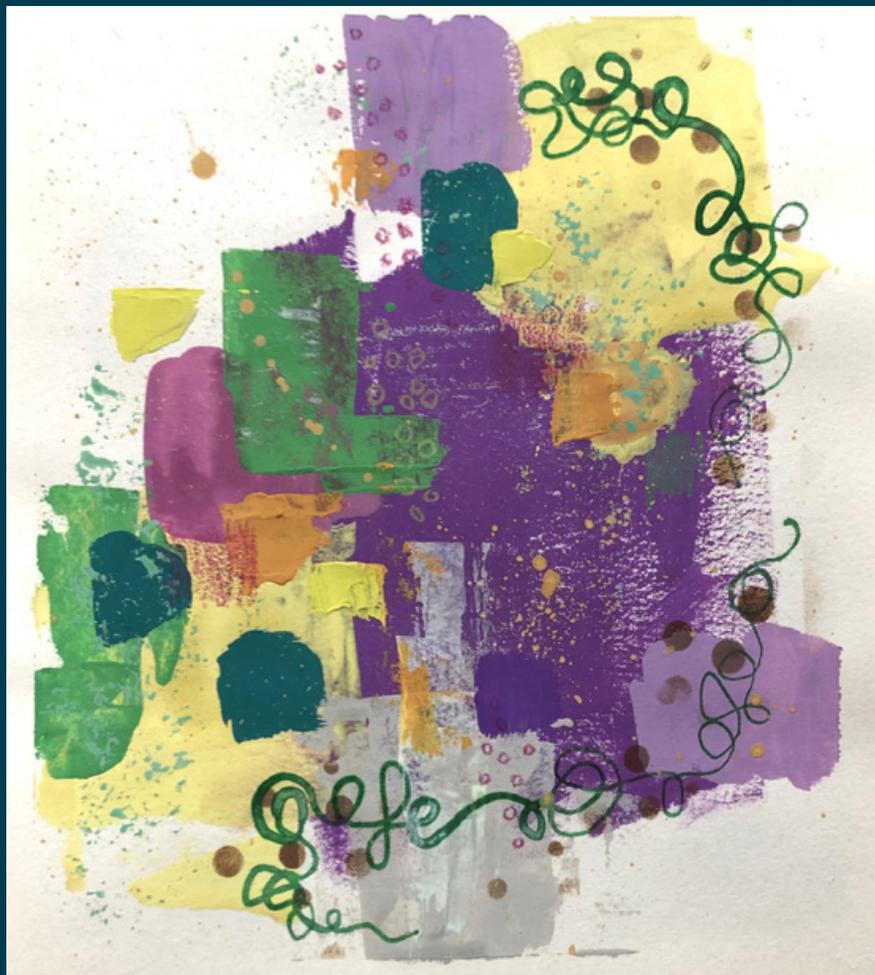


Vivamos la alabanza.

La ecología integral,
camino de conversión



iNOUT →

Vivamos la alabanza.

La ecología integral,
camino de conversión



Los cuadernos Effeta nacen de la reflexión de la Escuela de espiritualidad de la Provincia Marista Ibérica ante la actualidad. Este compartir quiere ampliarse a todo aquel que lo desee, para seguir escuchando la voz del Espíritu, que nos invita a seguir caminando hacia la plenitud del Reino.

© José María Pérez-Soba 2024

© de esta edición, Fundación Edelvives, 2024

Coordinación del proyecto

Escuela de espiritualidad Maristas provincia Ibérica

Coordinación editorial

Antonio F. Segovia (Fundación Edelvives)

Diseño y maquetación

Área de producción Grupo Edelvives

Imagen de cubierta

Silvia Martínez Cano

Índice

1. El desafío ecológico, un desafío sin precedentes	05
2. La ecología como signo del Espíritu en la Historia	08
3. El desafío ecológico implica visitar nuestra espiritualidad	10
4. Ecología integral: el grito de la Tierra es el grito de los pobres	11
4.1. Somos relación, somos en la Trinidad	11
4.2. La crisis es una crisis integral: la respuesta es una ecología integral	12
5. La ecología como camino de conversión	14
5.1. Llamados a replantear nuestra relación con Dios	14
5.2. Llamados a tomar conciencia de una antropología diferente al modelo tecnocrático	18
5.3. Llamados a replantear nuestra relación con nosotros mismos..	21
6. Un camino que recorreremos junto a todas las personas, religiones y filosofías de buena voluntad	23
7. Conclusiones: llamados a una espiritualidad ecológica y encarnada	25
Notas	28

Vivamos la alabanza.

La ecología integral, camino de conversión

1. El desafío ecológico, un desafío sin precedentes

«Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba»¹ decía San Francisco en torno a 1224. Ochocientos años después, el papa de su nombre nos recuerda que esa hermana nuestra está siendo agredida, abusada y masacrada por aquellos que deberíamos alabarla.

«Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto”» (LS 2).

Por eso, queriendo estar atentos a los signos de los tiempos y a la llamada de la Iglesia, afrontamos este Cuaderno Éfeta conscientes de que el desafío ecológico es un desafío sin precedentes. Tenemos plena conciencia de que la situación no se puede revertir solo mediante leyes y técnicas, sino que requiere una auténtica conversión espiritual de todos nosotros. Sentimos que, pese a

1 «Cántico de las criaturas», *Fonti Francescane*, 263.

que es parte de un camino casi centenario, la llamada al cambio de nuestra vida desde la ecología ha llegado a un momento decisivo.

Ya desde mediados del siglo XIX, cuando la revolución industrial había transformado nuestras vidas a nivel planetario, algunas voces se alzaron para avisar de las consecuencias que esta revolución tenía en el sistema natural. George Perkins Marsh en 1864 avisaba de ello en su libro pionero *Man and Nature*. En sus páginas recordaba la deforestación masiva de grandes zonas que las sociedades agrícolas antiguas habían generado y avisaba de la destrucción que las nuevas necesidades energéticas del momento estaban creando.

Pero no fue hasta más de un siglo después, primero con la publicación del libro *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson en 1962 y, sobre todo, con el informe *Meadows para el Club de Roma Los límites del crecimiento*, de 1972, cuando el mundo empezó a tomar conciencia real del problema². 160 años y una larga sucesión de encuentros mundiales después, es evidente que Perkins Marsh tenía razón y que nuestra forma de producción y consumo ha convertido el reto ecológico es un desafío sin igual en la historia de la humanidad.

De hecho, siendo verdad que la explotación de los recursos naturales no es algo nuevo, sí podemos afirmar que la situación actual es de una urgencia nunca vista. La confluencia de varios factores da a la crisis actual una dimensión única.

El primero de estos factores es la dimensión global del problema. Probablemente no hay una causa en la actualidad que sea tan transversal como esta. El sistema Tierra no conoce fronteras nacionales ni ideológicas, por lo que su desequilibrio afecta a todo y a todos. Y no solo a los habitantes actuales del planeta, sino también a las futuras generaciones. En un contexto de globalización e interconexión planetaria como el que nos ha tocado vivir, las distancias entre todo se han reducido y los lazos y vínculos que nos unen se han fortalecido y multiplicado. No podemos pensar que los problemas ambientales pueden aislarse para que no nos afecten, que son problemas de otros. Experiencias recientes como la crisis financiera de 2008, la pandemia de 2019 o la crisis global desatada tras la invasión rusa de Ucrania, no hacen sino confirmar esta evidencia: no podemos mirar a otro lado.

2 GONZÁLEZ CARVAJAL, L. «*Laudato Si* en el marco de la Doctrina social de la Iglesia» en *Razón y Fe*, t. 272, n.º 1404, 2015, p. 261.

Vivamos la alabanza. La ecología integral, camino de conversión

El segundo factor es la aceleración que esa explotación de la naturaleza ha sufrido en las últimas décadas. El auge del consumo de la sociedad capitalista ha hecho que los efectos negativos sobre la naturaleza aumenten exponencialmente. Los ejemplos son múltiples: según Naciones Unidas, la temperatura media de la Tierra es ahora 1,1°C más elevada que a finales del siglo XIX, antes de la revolución industrial, y más elevada en términos absolutos que en los últimos 100 000 años. La última década (2011-2020) fue la más cálida registrada. En esa línea, cada una de las últimas cuatro décadas ha sido más caliente que cualquier otra década desde 1850. 2023 ha sido el año con la temperatura más cálida desde que hay registros... y se espera que 2024 supere ese récord³. Las consecuencias de este cambio del clima, no generado por el sistema mismo de la Tierra, sino inducido por la acción humana, son muy serias para nuestra vida: áreas sin lluvias, aumento del nivel del mar, cambios en los hábitats...

En relación con este riesgo, ahora percibido, surge el tercer factor: por primera vez en la historia, el ser humano vislumbra la posibilidad real de que su futuro en este planeta no esté garantizado. La inquietud ecológica se ha expresado tradicionalmente como la preocupación por el futuro del planeta y su biodiversidad, como si el ser humano pudiese situarse al margen de este destino común. Sin embargo, cada vez parece menos descabellado pensar en un futuro en el que los seres humanos hayamos logrado extinguirnos, mientras la Naturaleza sigue su curso sin nosotros. Si esto fuese a suceder así, no acontecería de la noche a la mañana, sino que probablemente vendría precedido de situaciones enormemente desiguales y dolorosas en las que la vida en la tierra solo sería posible para algunas personas, las más poderosas e influyentes, pero no para la inmensa mayoría empobrecida y sin recursos. Al final, podemos lograr que las distopías que tememos en nuestras pantallas de cine y televisión se conviertan en profecías autocumplidas.

Algo de esto estamos empezando a percibir cuando comprobamos cómo, en el crecimiento de los flujos migratorios, el número de desplazados por causa del clima (los llamados «refugiados climáticos») aumenta cada vez más. Más espacios en nuestro planeta se convierten en inhabitables y la pobreza climática sigue creciendo... para los más vulnerables.

Quizá la forma más clara de tomar conciencia de esta urgencia ecológica es caer en la cuenta de que, después de muchos debates, el mundo científico

3 <https://www.un.org/es/climatechange/what-is-climate-change>. Visitada el 28/02/2024.

está reconociendo que debemos hablar de una nueva era geológica. Geológica, no histórica. Hemos logrado crear el Antropoceno. Paul Crutzen, premio Nobel de Química por sus estudios sobre la Química atmosférica, acuña este término en el año 2000 cuando, en una conferencia sobre el Holoceno, grita espontáneamente que hemos modificado de tal manera el mundo que ya lo hemos superado, que hemos creado una nueva Era: nuestra Era⁴.

Ya sabíamos que nuestra huella es detectable en los cambios del sistema Tierra, que somos un factor más que altera la biosfera. Pero esa huella se ha transformado en los últimos años como nunca. El informe del Programa Internacional sobre la Geosfera y la Biosfera (IGBP) de 2004 muestra cómo esta alteración humana no alteró el sistema de manera perceptible durante la Revolución industrial, pese a toda la contaminación que produjo. Es a mediados del siglo XX cuando lo hemos logrado: ahora sí hemos alterado de tal manera el sistema Tierra que «está operando en un “estado no análogo”»⁵. Hemos creado un estado sin precedentes. No sabemos adónde vamos porque nunca habíamos llegado tan lejos.

2. La ecología como signo del Espíritu en la Historia

La crisis ecológica en la que estamos inmersos no es algo que podamos ignorar o soslayar ni como cristianos ni como seres humanos. Como cristianos, desde la experiencia de Dios que se revela en los acontecimientos de la historia, estamos atentos a escuchar su Presencia en la realidad. Y discernimos, personal y comunitariamente, a qué nos mueve esa presencia, qué pide de nosotros, a qué acción o testimonio nos llama. Y no cabe la menor duda de que aquí hay una llamada a nuestro ser cristiano. Dios creador, que se expresa en la diversidad maravillosa de la vida, que nos impulsa a ser los cuidadores del Paraíso (Génesis 1,28-31) no queda al margen de lo que está sucediendo. Su Espíritu clama en nosotros por una respuesta a la altura del desafío.

Pero, como suele suceder, no ha sido nuestra conciencia religiosa la que nos ha hecho despertar y escuchar, sino una acusación externa. Lynn White, medievalista especializado en la historia de la tecnología, en un artículo muy famoso en la prestigiosa revista *Science* en 1967, apuntaba a la concepción bíblica de

4 Cf. ELLIS, E. C., *El Antropoceno. Una breve introducción*, Alianza, Madrid, 2022.

5 *O.c.*, p. 94-98.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

la creación como la causa de lo que sucede. Los monoteísmos bíblicos éramos responsables porque habíamos generalizado la idea de que somos los dueños de la Tierra. Aun siendo un reduccionismo evidente, su artículo provocó que la Teología se activara en torno a este tema, revisitando la Escritura y la tradición para responder a una llamada que, ahora sí, se sentía que había que responder.

No creemos que ocuparnos de este tema sea una cuestión coyuntural, una moda movida por los medios de comunicación. Lo que nos hace acercarnos a ella, es la convicción, respaldada por la Iglesia, de que, en el desafío ecológico, en el drama ambiental y humano, percibimos la fuerza del Espíritu dinamizando la historia, impulsándonos a un modo distinto de vivir y relacionarnos. En palabras de Román Guridi

«Independientemente de cómo se la llame —y ha sido llamada de distintas maneras—, la ecoteología no es una invención, sino que es una realidad que se ha ido desplegando en los últimos cincuenta años, y que ha ido cristalizando en una gran variedad de publicaciones, revistas e investigadores»⁶.

Respondemos, pues, al llamamiento del papa Francisco en la primera encíclica que se centra, de forma exclusiva, en este tema: *Laudato Si*.

«Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. (...) Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no solo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva» (LS 14).

En este diálogo queremos, con toda sencillez, participar.

6 GURIDI, R. «El desarrollo de la ecoteología: tensiones y desafíos actuales» en *Humanitas* 93, año XXV, 2020, p. 44.

3. El desafío ecológico implica visitar nuestra espiritualidad

Nuestra participación, en forma de Cuaderno Éffeta, parte de la conciencia de que el camino cristiano nace, se nutre y fructifica en la espiritualidad. Es nuestra relación con el Dios vivo y de la vida la que anima nuestra historia personal y comunitaria y de Él nace nuestra reflexión y nuestro compromiso con la transformación del mundo. Pudiera parecer que el tema ecológico es una cuestión moral, de la praxis cristiana, un espacio nuevo en la Doctrina social de la Iglesia. Y, siendo en parte verdad, es una cuestión de mayor calado: apunta a la raíz de nuestra práctica diaria, apunta a la fuente de nuestra vida, apunta a la espiritualidad. Y así nos invita a afrontar el problema el papa. Como escribe Álvarez de los Mozos sobre Laudato Si:

«Una característica prominente de la Encíclica consiste en que no sitúa la respuesta únicamente en el plano de la moral, de los comportamientos, sino en el de la espiritualidad, apelando a la sensibilidad y a los modos de percibir la realidad. Entiende que el desafío que afrontamos es tan radical, que últimamente plantea un cambio en el orden del ser —quiénes somos y cómo nos percibimos— y no únicamente en el de la acción —cómo nos comportamos y por qué—⁷».

La crisis ecológica no es una catástrofe sobrevenida, sino que es directamente culpa nuestra, de una forma deficiente de situarnos ante la realidad. Por eso LS no es una encíclica social más, sino que es una dimensión más del proceso de «conversión pastoral» al que nos llamaba el papa al inicio de su pontificado⁸. Aquí situamos nuestra reflexión.

En efecto, la crisis ecológica nos despierta de nuestra inercia y nos sitúa ante un espejo. Nos hace mirarnos a nosotros mismos y descubrir que no hay otro culpable de lo que sucede sino nosotros mismos. Nos despierta del sueño de un progreso ilimitado, de que todo está bajo control, de que somos los dueños y señores de la realidad. Significa, en palabras de Leonardo Boff, «la quiebra de una concepción del mundo»⁹.

7 ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P. «Nacer de nuevo para una ecología integral» en *Manresa* 87, 2015, p. 340.

8 INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *Conversión personal, conversión pastoral. Vivir en cristiano en tiempos de incertidumbre*, Verbo Divino, Estella, 2019.

9 BOFF, L. *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 1996, p. 14.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

Esta toma de conciencia es muy importante. Cuando hablamos de espiritualidad ecológica estamos apuntando a un sustrato profundo de nosotros mismos, a nuestra forma de concebir la realidad y situarnos ante ella. Queremos recuperar la conciencia de que toda la creación se inscribe en la experiencia totalizante del Amor. Desde allí, como nos invitan el papa, «dejar brotar las consecuencias del encuentro con Cristo en la relación con el mundo que nos rodea» (LS 217).

De la experiencia de Dios amor brota una forma de relacionarme con el mundo: la dinámica del cuidado. Toda la creación tiene dignidad, toda ella es creatura de Dios. Toda la creación es digna del amor de Dios y, por lo tanto, nuestra relación con ella también está circunscrita al amor y el cuidado con el que el ser humano está llamado a relacionarse con lo que existe. Como señala Rafael del Amo, la clave de una espiritualidad cristiana que responde a la llamada ecológica del Espíritu, es descubrir que somos relacionalidad: descubrir, con el corazón, que todo está conectado¹⁰. A ello aludíamos ya en el Cuaderno Éffeta A imagen de Dios, nunca somos solos, sino que yo soy contigo. En una expresión de sabiduría zulú: «Ubuntu, soy porque nosotros somos».

4. Ecología integral: el grito de la Tierra es el grito de los pobres

4.1. Somos relación, somos en la Trinidad

Cuando E. Haeckel acuña el término «ecología» en 1869 ya señala que detrás del término está la «economía» de las interrelaciones de los seres vivos. En efecto, la clave de todo planteamiento «ecológico» debe tomar en cuenta la red de relaciones en las que se mueve la vida. Ecología es interrelación. Y en esa interrelación los cristianos reconocemos la huella del Creador. La creación, la humanidad, somos relación porque Dios, Uno y Trino es relación. En efecto, la experiencia fundamental de Dios nunca es individualista. Nos descubre inmersos en un amor de tal dimensión que no se agota en nosotros, sino que nos descubre vinculados amorosamente a todo lo creado. Nos descubre hermanos en ese amor con toda la humanidad y con la realidad entera que, acunada por su Espíritu, quiere llegar a su plenitud (LS 240).

10 Amo, R. «Fundamentos de ecología integral», en *Estudios eclesiásticos*, vol. 94, 368, 2019, p. 34.

Quizá parte del problema es que hemos vivido (y vivimos) no pocas veces una espiritualidad muy individualista. Es necesario volver a los evangelios. Jesús, el Cristo anuncia la llegada de los últimos tiempos, el inicio de la época en la que la voluntad de Dios se cumple «en la tierra como en el cielo». Y esa voluntad es el sueño de Isaías 25: todos los pueblos de la Tierra reunidos en torno a la misma mesa y Dios enjugando, por fin, todas las lágrimas. Es decir, la voluntad de Dios es descubrirnos como somos, como hemos sido creados, imágenes de Dios, Uno y Trino, fraternidad. La voluntad de Dios es incluirnos en la misma danza divina, que transforma nuestra vida descubriéndonos unidos a toda la realidad y, por tanto, afectados por todo lo que en ella ocurre¹¹. Por eso, la espiritualidad cristiana es una espiritualidad samaritana: nadie queda fuera de nuestro amor fraterno y nos sentimos concernidos por el caído a la orilla del camino (FT 56 y ss.).

Esa es la enseñanza de Francisco de Asís, referente no solo para los cristianos, sino para el mundo entero. Sentirse en manos de Dios uno y trino es sentirse, es más, saberse hermano de la creación entera: hermano lobo, hermano sol, hermana muerte, hermano leproso con el que, en lugar de esconderme, me hago el encontradizo y al que beso¹². No es en absoluto casualidad que Jorge Bergoglio eligiera su nombre al inicio de su pontificado, ni que dos de sus encíclicas más importantes no lleven títulos en latín, sino palabras del poverello: *Laudato Si* y *Fratelli tutti*.

4.2. La crisis es una crisis integral: la respuesta es una ecología integral

Por ello, la respuesta no puede sino ser sino integral. Pablo VI, basándose en el filósofo católico Jacques Maritain ya hablaba del «humanismo integral» que nos caracterizaba. Dando un paso más, Francisco centra toda su propuesta en el concepto de «ecología integral». Tomar en serio la integralidad del ser humano, incluida su sed de trascendencia, es tomar en serio su ser creatural, que le une a la naturaleza. Por ello, como señala Sols Lucía al estudiar la evolución del magisterio en este punto:

«La ecología integral del papa Francisco apunta en todas direcciones: hacia uno mismo, hacia los demás, hacia las generaciones futuras, hacia la naturaleza, hacia Dios, incluso hacia la criatura que se gesta en el vientre de la

11 ROHR, R. *Danza divina. La Trinidad y tu transformación*, Whitaker House Spanish, 2017.

12 LECLERC, E. *Sabiduría de un pobre*, Encuentro, Madrid, 2007.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

madre. El hombre sería el centro de una esfera: sin él, no hay esfera; sin la esfera, él no es nada».¹³

La explotación de la Tierra lo que desenmascara es una forma de relacionarse con la realidad que rompe el sueño de Dios, que interrumpe la danza y la convierte en masacre. Por eso, solo hay una crisis. La conciencia del magisterio eclesial es que la crisis ecológica y la crisis social no son dos cuestiones distintas, sino que son dos caras de la misma crisis: las causas que están detrás de una son las mismas que generan la otra. La ecología, la crisis humanitaria, la crisis social, la discriminación de la mujer, la desprotección de los derechos de la infancia o la cultura del descarte que afecta a quienes no son productivos (niños, ancianos, migrantes, mujeres...) pueden parecer problemas diferentes, pero surgen de las mismas causas estructurales.

Desde el concepto de ecología integral descubrimos que estamos llamados por el Dios de la vida a cuidar de toda vida y que el grito de los pobres es también el grito de la tierra.

«Hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres» (LS 49).

No podemos perder el tiempo debatiendo qué problema es más urgente, porque mientras estamos ocupados en nuestras discusiones, un mismo sistema arrasa con la vida de todos.

En este aspecto ha sido profética la teología feminista, que, desde la evidencia de que «la pobreza tiene rostro de mujer»¹⁴ ha sido la primera en abordar de forma integral este desafío. Han sido las mujeres cristianas las que con más claridad y determinación han impulsado la reflexión y el compromiso ecofeminista de raíz cristiana¹⁵. Ellas nos han ayudado a hacernos comprender que la solución no puede estar en intentar sanar las ramas, sino la raíz:

13 SOLS LUCÍA, J. «Del desarrollo integral del hombre a la ecología integral. Análisis comparativo de los conceptos de desarrollo integral del hombre (*Populorum Progressio*, Pablo VI, 1967) y de ecología integral (*Laudato Si'*, Francisco, 2015)», en *Revista de Fomento Social*, 73/2, 2018, p. 276,

14 Cf. por ejemplo, ONU, *El progreso en el cumplimiento de los objetivos de desarrollo sostenible. Panorama de género 2023*, Nueva York, ONU, 2023.

15 WOZMA, A. M.^a «Ecofeminismo, justicia y espiritualidad», en *Carthaginensia*, vol. XXXVII, n.º 72, 2021, pp. 433-452.

«El análisis ecofeminista tiene la virtualidad de ayudarnos a captar la interconexión que existe entre todas las formas de dominación y explotación apuntando a la urgencia de un cambio no desde las ramas, sino desde la raíz».¹⁶

La exclusión de las mujeres, de los pobres, de los migrantes... todo ello es el resultado de un estilo de vida que genera muerte. Nos sentimos llamados de un modo apremiante a considerar y poner en práctica otras alternativas, otras vidas más sencillas, más vivibles, que no se sostengan solo en el consumo individualista, en el tener, sino, sobre todo y fundamentalmente, en el ser y el ser con otros. Cobran aquí un brillo renovado intuiciones y experiencias que forman parte de la sabiduría cristiana, como la vida en comunidad, el cuidado, la sencillez o la pobreza evangélica, que adquieren un nuevo significado y pueden ser realmente proféticas para el mundo actual. Por eso, con Elizabeth Johnson, sentimos que debemos convertir nuestra llamada bautismal a la profecía incluyendo en nuestra denuncia y anuncio a toda la comunidad de vida: «una humanidad floreciente en una tierra próspera; esta es la idea a la que da forma la línea profética». Porque, añade, «somos tan grandes como nuestro amor»¹⁷.

5. La ecología como camino de conversión

Parece claro que no estamos hablando, pues, de un problema técnico a resolver por especialistas ni una cuestión circunstancial, de moda. Estamos hablando, con la Iglesia, de que el Espíritu nos llama a una conversión integral. En el Cuaderno Effetá que hemos citado nos hacíamos eco del subrayado que hace nuestra tradición eclesial en que una antropología cristiana es una antropología que integra todas las dimensiones de la persona desde un único centro, el Dios de Jesús¹⁸. Por eso, nuestra conversión a ese Dios de la Vida nos transforma desde el interior y transforma todas nuestras relaciones.

Parece claro, pues, que la solución al problema no viene solamente de acuerdos legales, del ámbito normativo, pues las normas y las leyes por sí mismas no funcionan más allá de la imposición y están siempre sujetas al mundo cam-

16 CÉSPEDES, G. *Ecofeminismo. Teología saludable para la tierra y sus habitantes*, PPC. Madrid, p. 49.

17 JOHNSON, E. *Mujeres, tierra y espíritu creador. Claves para una espiritualidad de la creación*, PPC. Madrid, 2022, pp. 149 y 150.

18 ESCUELA DE ESPIRITUALIDAD, *A imagen de Dios. Una antropología cristiana para una educación integral*, Cuadernos Éffeta, Edelvives, Madrid, 2022.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

biante de la política. Carecen de la profundidad y el calado necesario para propulsar un cambio que sea permanente. De hecho, el mundo político nace y se asienta en lo que sentimos como evidente, como necesario para nuestra vida, en lo que sabemos que es nuestro. Esta fragilidad de lo político cuando no se asienta en una conciencia social fuerte se puede percibir con claridad cada vez que se incumplen los acuerdos internacionales, las regulaciones impulsadas desde instituciones que nosotros mismos nos hemos dado. El problema reside en nuestro mismo corazón, de donde nace nuestra forma de relacionarnos. Esa es la idea a la que señalan nuestros relatos de creación en el Génesis. La existencia humana se asienta en tres relaciones fundamentales profundamente conectadas entre sí: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra (LS 66). Y tenemos muy claro que la clave es nuestra relación con Dios. Si queremos sanar nuestra forma de relacionarnos con el resto de la creación, estamos llamados a convertirnos a Dios.

5.1. Llamados a replantear nuestra relación con Dios

Poner en primer plano en el origen de nuestro pensar y actuar nuestra relación con Dios, nos ayuda a leer la realidad desde nuestro verdadero centro. Todas las demás relaciones nacen de esta primera. Así, emprender el camino de conversión que sane nuestra red de relaciones y nos permita afrontar el desafío ecológico implica purificar nuestra imagen de Dios. Siempre limitada, está tentada por la idolatría: confundir a Dios con la imagen que nos hayamos hecho de él.

Por eso la clave de una ecología cristiana es una teología de la creación que parte de la Palabra. Dios es Dios creador, el origen gratuito de la realidad. Los relatos bíblicos no son respuesta a la pregunta humana sobre cómo surge el mundo, sino a otra más profunda: qué significa el mundo, qué sentido tiene, cómo me relaciono con él. Y Génesis 1 nos insiste, hasta siete veces, que todo ha sido creado gratuitamente, como un regalo... que «todo era bueno». Génesis 2, un relato más antiguo, lo explica de una manera aún más plástica: el mundo es el paraíso que Dios sueña para nosotros¹⁹.

Esto es muy importante: en nuestra espiritualidad a veces hemos convertido a Dios creador en una pieza más, intelectual, de la explicación del mundo. Pero

19 RUIZ DE LA PEÑA, J.L. *Teología de la creación*, Sal Terrae, Santander, 1988.

nuestra sabiduría bíblica lo que afirma es que saber que Dios es creador es saber que todo lo creado es digno de ser cuidado, porque ha sido querido, porque ha sido amado por Dios. Nuestra tradición cristiana es clara en ese punto: la creación es el rostro amoroso del creador, es el sello de su alianza con la Humanidad (Génesis 9,12-13). De hecho, la Iglesia de los primeros siglos defendió con fuerza y constancia esta verdad frente a tradiciones que desvalorizaban lo material, que identificaba la creación con el mal, como el gnosticismo de los primeros siglos²⁰.

Estamos llamados a contemplar el esplendor del creador en la hermosura de lo creado. La belleza de la creación es un destello de la belleza de Dios, su pluralidad armoniosa es reflejo de su mismo corazón. Ella nos precede y nos ha sido dada por Dios como ámbito de vida. En palabras de Benedito XVI: «La naturaleza es expresión de un proyecto de amor y de verdad. Ella nos precede y nos ha sido dada por Dios como ámbito de vida. Nos habla del Creador y de su amor a la humanidad» (Caritas in Veritate, 48).

Aún más, podemos afirmar, con LS, que la naturaleza, en cuanto espacio de revelación de Dios, también es un lugar de escucha. El Espíritu nos habla en ella para seguir sus huellas, se comunica con nosotros para impulsarnos a la plenitud. En diálogo con la ciencia, descubrimos en la naturaleza a un Dios que es creador de un mundo que no es estático, que es evolutivo, que está en constante cambio, que se recrea continuamente y que está llamado a plenitud. Este Dios que crea y recrea cuanto existe está presente en su creación, implicado siempre con ella y con su perfeccionamiento. Estamos en camino, con todo lo creado, a la plenitud de los tiempos. La creación no es el marco material de nuestra existencia. Somos compañeros de viaje hacia la plenitud de Dios.

«Al final nos encontraremos cara a cara frente a la infinita belleza de Dios (cf. 1 Co 13,12) y podremos leer con feliz admiración el misterio del universo, que participará con nosotros de la plenitud sin fin. Sí, estamos viajando hacia el sábado de la eternidad, hacia la nueva Jerusalén, hacia la casa común del cielo. Jesús nos dice: “Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). La vida eterna será un asombro compartido, donde cada criatura, luminosamente transformada, ocupará su lugar y tendrá algo para aportar a los pobres definitivamente liberados» (LS 243).

20 Cf. JONAS, H. *La religión gnóstica. El Dios extraño y los orígenes del cristianismo*, Siruela, Madrid, 2003.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

Por eso, es necesaria una sabiduría real, una espiritualidad que integre en nuestra vida la escucha a la Tierra. Nuestra espiritualidad cristiana debe ser una «ecosofía», en palabras de Raimon Panikkar²¹. Y esta «sofía», esta sabiduría, nace de la conciencia de vivir en una realidad cosmoteándrica, es decir, en una realidad que no solo es sostenida en Dios, sino que es vivificada por su Espíritu, que nos incluye en su misma dinámica trinitaria, que nos impulsa a la plenitud. Creer en Dios creador no es poner una pieza más a una idea del mundo. Es saberse hermanado a la humanidad y a la naturaleza, en una misma comunidad que comparte la vida, y, así, la celebra y la consagra.

Así pues, la sabiduría cristiana nos llama a la conversión al verdadero Dios, que disuelve nuestras falsas imágenes de Dios. En efecto, hay que reconocer que hemos vivido espiritualidades individualistas, sostenidas en nuestras propias necesidades, que han ocultado al Dios revelado en Jesús. Esta es una de nuestras grandes tentaciones, una de nuestras grandes idolatrías. Hemos vivido (y algunos vivimos aún) una espiritualidad medieval centrada en la justificación personal: yo, pecador, debo conseguir mi salvación, cumpliendo las normas divinas reveladas. O, su versión posmoderna: la espiritualidad es un medio para tranquilizar nuestra dolorida y ajetreada vida. Solo estamos yo y Dios, que calma mis necesidades. De nuevo, lo que importa es mi salvación, ahora reconvertida en mi felicidad individual²². Y así, una vez tranquilos, podemos seguir viviendo la rueda de explotación, mía y de los demás.

Pero Dios es mucho más que esas imágenes idolátricas. Tenemos que matar a esos dioses raquíuticos para dejarnos en el Dios de Jesús, el Cristo:

«La imagen de Dios que late detrás de esta fe individualista es bastante penosa: la de un Dios raquíutico, relacionado conmigo, preocupado por mis faltas, desentendido del mundo que creó y del destino de la mayoría de los hombres, que no pueden esconder su confusión y angustia ante la injusticia, el sufrimiento y el mal de este mundo»²³.

Porque si algo tenemos claro en la tradición cristiana es que Dios es «pobrecéntrico». Si Dios es amor, los pobres, todos ellos, están en el centro de su cora-

21 PANIKKAR, R. *Ecosofía. Hacia una espiritualidad de la tierra*, San Pablo, Madrid, 1994.

22 Cf. BEJAR, E. *La felicidad, la salvación moderna*, Tecnos, Madrid, 2018.

23 MARDONES, J. M. *Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto*, PPC, Madrid, 2006, p. 133.

zón. Y la mancillada Tierra entre ellos. Por eso, en el fondo, nuestra explotación de la naturaleza no es solo un mal moral para nuestra hermana, para nuestros hermanos y para las siguientes generaciones... es una blasfemia contra el mismo Dios. No estamos hablando, pues, de una cuestión menor, de un apartado más de la moral personal o social. Estamos hablando de que la actual situación nos revela que estamos adorando un ídolo, que nuestra teología idolátrica nos hace vivir una antropología prometeica y destructiva.

5.2. Llamados a tomar conciencia de una antropología diferente al modelo tecnocrático

En efecto, detrás de la crisis podemos descubrir la sombra de una antropología, una forma de concebirnos como seres humanos que justifica nuestras acciones destructivas. El sistema capitalista liberal, sin el freno de la solidaridad, se concentra en nuestra capacidad de consumo, que se convierte en el centro del sistema. Esta forma de concebir la producción de bienes no es neutra, sino que genera una forma de situarse en el mundo, una cultura, una imagen del ser humano. Genera, en palabras de Gilles Lipovetsky, un Homo consumericus, que centra su existencia en ser un «hiperconsumidor». El centro de la existencia real de este homo es distraerse esperando la novedad de productos que consumir: series, deportes, ropa, música, experiencias... lo que sea, cuanto más, mejor.

Este hiperconsumo va de la mano del progreso de la técnica, que nos hace capaces de crear toda esa masa de novedad. Esta alianza entre técnica y consumo es lo que el papa Francisco llama paradigma tecnocrático. Podemos resolverlo todo con la técnica, podemos dominarlo todo. El mundo está a los pies de nuestros deseos. En palabras de Hannah Arendt, en estas antropologías el ser humano moderno «parece estar poseído por una rebelión contra la existencia humana tal como se nos ha dado, gratuito don que no procede de ninguna parte (...) y desea cambiarla, por decirlo así, por algo hecho por él mismo»²⁴.

No es una afirmación sin sentido. En el best seller Yuval Harari podemos encontrar un ejemplo muy claro de lo que señala Arendt:

«Después de haber elevado a la humanidad por encima del nivel bestial de las luchas por la supervivencia, ahora nos dedicaremos a ascender a los humanos a dioses, y a transformar el Homo sapiens en Homo Deus»²⁵

24 ARENDT, H., *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 15.

25 HARARI, Y. N. *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Debate, Madrid, 2016, p. 36-37.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

Homo Deus. Así que, concluye «ya que somos capaces de cumplir cualquiera de nuestros deseos, la verdadera pregunta que se debe plantear la humanidad es “¿qué queremos desear?”»²⁶.

No hay límites para nuestro deseo, para nuestro consumo, porque la técnica pone la realidad a nuestros pies, todo está a nuestra disposición. El problema es que ni la humanidad ni la Tierra puede soportar ese deseo incontrolado²⁷. Un sistema basado en dar por hecho un crecimiento sin fin que se revela como imposible.

El poder tecnológico nos ha nublado y ha obviado la pregunta que debe acompañar a qué queremos desear: cuál es el precio a pagar. Romano Guardini, autor muy querido del papa Francisco, escribía estas palabras proféticas en 1950:

«El problema central en torno al cual va a girar la tarea cultural del futuro y de cuya solución dependerá todo, no solamente el bienestar o la miseria, sino la vida o la muerte, es el problema del poder. No el de su aumento, que se opera por sí solo; sino el de su sujeción, el de su recto uso»²⁸.

Este es el problema básico. Nuestro poder sobre todo aumenta de la mano de la tecnología. Pero nuestra capacidad de preguntarnos por su uso no. Por ello es necesario recordar, con Santiago Madrigal, que

«Frente a un antropocentrismo despótico, el término clave es responsabilidad. Estamos llamados a hacer un uso responsable de las cosas, porque los demás seres vivos tienen un valor propio ante Dios creador. Y, sobre todo, el prójimo, hacia el que tenemos el deber de la custodia y del cuidado. Si se descuidan las relaciones con los demás, con Dios y con la tierra, desaparece la justicia y toda la vida está en peligro»²⁹.

Debemos plantearnos lo «universalizable» de nuestras opciones y acciones. Preguntarnos, antes de actuar, qué sucedería si todo el mundo actuase como lo vamos a hacer nosotros, nos ayuda a discernir lo que es bueno, justo y conve-

26 HARARI, Y. N. *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Debate, Barcelona, 2014, p. 454.

27 LIPOVETSKY, G. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama, 2007.

28 GUARDINI, R. *El ocaso de la Edad moderna*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1962, p. 120 (Subrayado nuestro).

29 MADRIGAL, S. «El cuidado de la casa común. Releyendo *Laudato Si* en su quinto aniversario», en *Estudios Eclesiásticos*, vol. 95, núm. 374, 2020, p. 510.

niente, y hace que pongamos en cuestionamiento nuestras pautas de consumo, de producción y de actuación.

No estamos solos, estamos conectados a todo. Sin cambiar, desde la imagen bíblica de Dios, nuestra lectura de lo humano no es posible un cambio real. «No habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología» (LS 118), señala el papa.

«En toda discusión acerca de una iniciativa, deberían plantearse una serie de preguntas para discernir si la misma contribuirá o no a un verdadero desarrollo integral: ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿De qué manera? ¿Para quién? ¿Cuáles son los riesgos? ¿A qué coste? ¿Quién paga los costos y cómo lo hará?» (LS 185).

Porque la misma cultura del consumo genera una cultura del «descarte». Si nos centramos en el consumo de lo nuevo, dejamos a un lado lo que ya no nos es útil, sean productos o sean seres humanos (LS 22). Creamos masas de productos que sobran, que se usan y se tiran. Multiplicamos la basura y el despilfarro cada día que pasa. Hasta hemos inventado la «obsolescencia programada» y hemos creado productos que, aunque pudieran durar más, deben durar lo justo para poder ser cambiados por el último modelo³⁰. Por supuesto, esta cultura del descarte no se frena en las cosas: se extiende a las personas y a la Tierra. Millones de personas quedan fuera del mercado de medicamentos; continentes enteros se consideran «perdidos»; el sufrimiento de millones de mujeres queda olvidado...

La crisis ecológica nos hace tomar conciencia de que, como nos advertía el texto bíblico, no somos dioses (Génesis 11,1-9). Nos confronta con nuestros límites, nos invita a sabernos sostenidos. Pese a determinados planteamientos prometeicos, la vida es un regalo recibido. Y lo recibido gratuitamente lo damos gratuitamente «a los demás, a nuestros hijos, a los que están a nuestro lado y a las otras especies. Dar significa ayudar a crear las condiciones para que la vida pueda desarrollarse plenamente»³¹. Y no reconocerlo nos aboca al desastre.

«En la modernidad hubo una gran desmesura antropocéntrica que, con otro ropaje, hoy sigue dañando toda referencia común y todo intento por forta-

30 Bernard London propuso en 1932, en plena crisis del 29, que se impusiera por ley esa obsolescencia, para crear más producción y más trabajo.

31 CARRERA I CARRERA, J. *Hacia una ecología integral*, Cuadernos Cij 202, 2017, p. 22.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

lecer los lazos sociales. Por eso ha llegado el momento de volver a prestar atención a la realidad con los límites que ella impone, que a su vez son la posibilidad de un desarrollo humano y social más sano y fecundo» (LS 116).

A ello cabe añadir la idea del crecimiento ilimitado, tan absurda y contrainstitiva como perniciosa, que no solo pretende ignorar que no se puede crecer sin límite partiendo de recursos limitados, sino que también parece hacer oídos sordos a las evidentes consecuencias negativas de la sobreexplotación de recursos. Si los 8000 millones de habitantes del mundo hiciéramos como el enriquecido Norte del planeta y nos conectáramos a pantallas que proponen saciar al instante el deseo consumir sin límite, la Tierra quedaría esquilada en segundos. La crisis ecológica, pues, nos obliga plantearnos la «civilización de la austeridad» en la que insiste Jon Sobrino, suavizando la «civilización de la pobreza compartida» de Ignacio Ellacuría³².

Debemos hacer examen de conciencia y releer algunos paradigmas que hemos podido asumir, tal vez sin darnos cuenta, pero que vemos que no son de Dios. En particular, la imagen que tenemos de nosotros mismos como dominadores de la naturaleza y sustituirla por otra en la que asumimos el cuidado como forma de relación. Cuidado con todo lo que nos rodea y con nosotros mismos³³.

5.3. Llamados a replantear nuestra relación con nosotros mismos

Y es que el mismo sistema que explota la Tierra, nos hace explotarnos a nosotros mismos. Como señala el filósofo Byung-Chul Han, llevados de la positividad tecnocrática que nos hace ignorar nuestros propios límites, nos convertimos en «máquinas de rendimiento» cuyo objetivo consiste en el funcionamiento sin alteraciones y en la maximización del rendimiento. Llevados de nuestra conciencia prometeica, nos creemos capaces de todo aplicando las técnicas adecuadas. Llevados de la misma filosofía que explota la Tierra y a los pobres, nos explotamos a nosotros mismos. Y, si no estamos a la altura, recurrimos a la química, a la meditación, al yoga o lo que sea para poder seguir en la rueda. En lugar de una sociedad del bienestar hemos creado una «sociedad del can-

32 SOBRIÑO, J. *Fuera de los pobres no hay salvación*, Madrid, Trotta, 2007.

33 Cf. ARANGUREN, L. *Tiempo emergente. Meditaciones desde la ética del cuidado*, Khaf, Madrid, 2021.

sancio». La modernidad tecnocrática nos hizo Prometeo... pero Prometeo está mortalmente cansado³⁴.

En efecto, las consecuencias de asumir el paradigma tecnocrático las podemos ver a diario en nuestra propia vida y en la de cuantos nos rodean. El individualismo se convierte en relaciones de usar y tirar que refuerzan en el fondo mi aislamiento. La carrera del consumo acaba desvelándose como en el imperio de la incertidumbre, de la angustia³⁵.

Y el contraste entre lo prometido y lo conseguido nos roba la esperanza. Pudiera parecer que la historia se repite, que se cometen siempre los mismos errores, que no hay final feliz posible. Llegamos a la triste afirmación de que el final era este: no hay otra cosa, no hay salvación ni esperanza. La filósofa Marina Garcés hablaba de la «condición póstuma» de nuestra cultura³⁶: la pérdida de la esperanza por cambiar el mundo, el fracaso de las ideologías nos lleva a considerar que, en efecto, hemos fracasado como civilización y solo cabe la negatividad, irónica y con un punto de compasión, de la razón cínica³⁷.

La propuesta cristiana supone una alternativa a este desencantamiento por su apertura, su propuesta de sentido, su horizonte salvífico comunitario, su utopía y dinamismo. Ponernos en marcha para vivir la alternativa supone en gran medida nadar a contracorriente, pero nos descubrimos esperanzados y realizados. En un tiempo en el que la economía es prioritaria, en el que todo debe ser inmediato y se funciona siempre en el corto plazo, nuestra ecosofía nos hace escuchar el ritmo de la naturaleza, la complejidad de sus interacciones. Por eso, nuestra mirada va mucho más allá y alienta procesos que son lentos, como el crecimiento de una semilla, que son globales desde lo local, que aprecian lo sencillo, que saben y aprecia respirar. Jesús mismo nos explicaba así la verdad del Reino: el ritmo de la semilla (Mc 4,26-29), la gratuidad del sembrador (Mc 4,1-9), la esperanza en lo pequeño (Mc 4,30-32). Dios, Padre nuestro, es creador y te cuida: «mirad las aves del cielo» (Mt 6, 26-33).

Podemos y debemos afirmar otra forma de vida más sencilla, más gratuita, más profundamente alegre, desde la contemplación y lo contemplativo. Podemos y

34 HAN, B. *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2010, p. 58.

35 Cf. BECK, U. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona, 2006.

36 GARCÉS, M. *Nueva ilustración radical*, Anagrama, Barcelona, 2017.

37 Cf. SLOTERDIJK, P. *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2007.

debemos reivindicar las cosas que no son útiles, pero ensanchan el corazón. Podemos vivir desde el silencio³⁸. En Dios podemos amarnos y cuidarnos de verdad a nosotros mismos, no aislándonos, sino viviendo la profunda fraternidad que en verdad somos. Como escribía hace años Juan Masiá, podemos aprender, con Oriente, «lo cotidiano, lo lento y lo callado»³⁹.

6. Un camino que recorreremos junto a todas las personas, religiones y filosofías de buena voluntad

Porque este camino de conversión no lo recorreremos solos. Como hemos señalado, la clave de la ecología integral es la conciencia de nuestra relacionalidad. Por ello, es absurdo que nos imaginemos como héroes solitarios contra el mundo. La misma dinámica de la ecología integral nos sitúa junto a las demás religiones y filosofías, junto a todas las personas que quieren vivir desde lo profundamente humano.

Ya en el lejano 1963 san Juan XXIII, por primera vez en la Historia, dirigía su encíclica *Pacem in terris* no a la Iglesia, sino a «todos los hombres de buena voluntad». Era la época de la crisis de los misiles, que podía haber acabado en una nueva guerra mundial que terminara con la humanidad misma. De igual forma, *Laudato Si* se dirige a toda la humanidad, para afrontar juntos este nuevo desafío a la vida global.

De hecho, esto es ser Iglesia: caminar junto al resto de la ecclesia ad Abel, junto a todas las personas de buena voluntad hacia la plenitud del Reino. Por eso, Francisco cuida citar, en sus escritos magisteriales, no solo nuestras fuentes de la Tradición, sino a personas de otras filosofías, religiones o iglesias. Así, *LS* se abre con el testimonio del patriarca de la Iglesia ortodoxa Bartolomé I, que nos invita a reconocer nuestro propio pecado individual frente a la creación, «porque un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios» (*LS* 8). De igual manera, la encíclica hace referencia a la sabiduría de judaísmo, islam y, sobre todo, de las religiones indígenas. De hecho, el papa cierra el texto proponiendo una oración que nos hermana a todos los creyentes en un Dios creador al que, juntos, pedimos: «aliéntanos, por favor, en nuestra lucha por la justicia, el amor y la paz».

38 D'ORS, P. *Biografía del silencio*, Siruela, Madrid, 2019.

39 MASIÁ, J. *Aprender de Oriente: lo cotidiano, lo lento y lo callado*, Desclee, Bilbao, 1998.

Como señala Rosa Nomén, la génesis de LS no ha sido un despacho, sino el diálogo con las ciencias, los movimientos sociales y los diferentes foros internacionales que llevan décadas trabajando por la sostenibilidad. Sentimos que el grito de la Tierra nos llama a caminar junto con los movimientos sociales, junto con otras confesiones y religiones, unidos en una causa común a la que no se puede renunciar. Escuchar todas estas voces nos lleva a asumir las señales de alarma, a reconocer las causas de la situación y a sumarnos al trabajo de muchas otras personas, aportando nuestro bagaje propio y aprendiendo del de los demás. Y, caminando juntos, descubrimos que el Reino de la reconciliación a la que nos llama Jesús, el Cristo, se va haciendo un poco más verdad: todos los pueblos de la tierra reunidos en torno a la misma mesa.

En este camino con otros, juntos y diversos, los cristianos podemos ofrecer al mundo nuestros propios matices que ayudan a iluminar y enriquecer la cuestión ecológica. Así, desde una antropología cristiana, ofrecemos una perspectiva humanista desde la que enfocar el problema. Aunque todo lo creado es digno de inscribirse en la relación de amor de Dios con sus criaturas, entendemos que no todas las criaturas tenemos la misma responsabilidad. El ser humano, por su capacidad de tomar conciencia de su existencia, así como de la existencia de cuanto le rodea, por su habilidad para transformar la realidad y por su capacidad de cuidado, pero también de destrucción, tiene una responsabilidad mayor en todo ello.

Como dijimos, somos conscientes de nuestra limitación y de que solo podemos plantearnos el problema desde lo que somos, seres humanos, pero queremos superar los antropocentrismos individualistas que sienten dueños de la existencia. Junto a las diversas religiones, el cristianismo aporta toda la potencia y riqueza de su lenguaje simbólico, sus valores, sus códigos morales y su espiritualidad, para contribuir al profundo cambio de mentalidad y de hábitos que este desafío exige.

De hecho, como señala Lorenzo Francisco, este camino con otros nos ayuda a ser Iglesia, a ser sínodo. El subrayado en nuestro ser relacional nos sitúa en nuestra actual toma de conciencia de que «sínodo es otra forma de decir Iglesia» (san Juan Crisóstomo). Somos pueblo en camino y ayudándonos unos a otros en este proceso de conversión, nos hacemos más Iglesia, sacramento del Reino, presencia real y profética de la fraternidad universal.

7. Conclusiones: Ilamados a una espiritualidad ecológica y encarnada

En síntesis, es el momento de tomar conciencia de la llamada del Espíritu en la Tierra, de la que se hace eco la Iglesia, y apostar por desarrollar en nuestras vidas una espiritualidad ecológica integral: estamos en conversión a vivir la alabanza de sabernos parte de la fraternidad de la Vida, a participar de la danza misma de la Trinidad.

Como maristas, hacemos nuestra la misión de ofrecer a los niños y jóvenes ser «buenos cristianos y buenos ciudadanos». Pues si asumimos con fidelidad creativa nuestras fuentes, debemos tomar conciencia que esa ciudadanía es hoy, si quiere ser evangélica, una ciudadanía global y ecológica (LS 211). Nuestro ser cristianos y ciudadanos nos descubre ciudadanos universales en el más pleno sentido de la palabra: unidos con y responsables de toda la humanidad y con toda la creación, más allá de cualquier frontera física o ideológica. En una época en la que crece la tendencia a retraerse sobre sí mismo, a temer al diferente, incluido en las religiones⁴⁰, en que crecen las «retrotopías»⁴¹, tenemos la misión profética de ser auténtico sacramento del Reino: signo visible y eficaz de la fraternidad universal.

Concluimos resumiendo nuestra reflexión, sin querer ser exhaustivos, en estos ocho puntos:

1. El primer paso para afrontar el desafío que nos desvela la crisis ecológica es la toma de conciencia. Necesitamos darle un lugar en nuestras comunidades y centros educativos, darle un lugar en la Iglesia. Son necesarios espacios de formación, reflexión y oración sobre ello.
2. Este proceso de toma de conciencia no es tanto aprender cosas sino repensar nuestra fe, recolocarnos en una nueva forma de ver la Vida, con mayúsculas y de reencontrarnos unidos a toda la creación. Es decir, rehacer nuestra teología, nuestra sabiduría sobre y en Dios y descubrirla como una ecosofía.
3. En esta relectura nos sabemos personas y comunidades en relación, mucho más que productores-consumidores. Renovamos nuestra apuesta

40 Cf. BECK, U. *El Dios personal. La individualización de la religión y el 'espíritu' del cosmopolitismo*, Paidós, Barcelona, 2009.

41 Cf. BAUMAN, Z. *Retrotopía*, Paidós, Barcelona, 2017.

por lo comunitario, por lo relacional, por disfrutar la vida como don. Esto implica profundizar en la pobreza evangélica, en hábitos de consumo responsables, en buscar vidas sencillas, equilibradas y vivibles frente a la prisa, la eficacia y la productividad como prioridad. Reservamos tiempos para la gratuidad de la contemplación.

4. El cambio no vendrá por lo normativo ni por lo racional. La ecología integral nos hermana a toda la comunidad natural, a todas las personas de buena voluntad que buscan el cambio. Nos sabemos hermanos en el camino con las otras iglesias, religiones y filosofías que anhelan el cuidado de la hermana Tierra y participamos en los foros de encuentro con ellos. Somos parte del movimiento cultural y político por un mundo sostenible.
5. La ecología integral renueva también nuestro compromiso con los pobres y los excluidos del sistema consumista-patriarcal. Desde Dios-Amor renovamos nuestro compromiso compasivo con la Tierra, con la igualdad, la acogida al migrante, la denuncia de la explotación de personas y la exclusión de las culturas minoritarias.
6. Nuestra misión marista se renueva desde esta llamada. El papel de la educación cristiana es evidente y asumimos la ecología integral como inspiración de nuestros programas educativos y fundamento del modelo de persona que queremos proponer al mundo. La sensibilidad ecológica, las prácticas ecológicas, son parte de nuestros centros y tiene un espacio propio en nuestro día a día. Comprometemos nuestra labor educativa en proponer la ciudadanía global y ecológica.
7. Nuestra misión nos hace ser empresa. También en esta dimensión adoptamos otra cultura, diferente a la de otros espacios actuales. Trabajamos por una cultura organizacional alternativa, con el cuidado de las personas como prioridad, asumiendo criterios no exclusivamente económicos para la toma de decisiones, practicando espacios de corresponsabilidad y sostenibilidad. Nos sabemos llamados a ser instituciones proféticas en un sistema regido solo por el beneficio.
8. De igual manera, nuestra comunidad cristiana se sabe sínodo y profundizamos en nuestras dinámicas de escucha al Espíritu, de discernimiento conjunto, de corresponsabilidad y de cuidado mutuo. Reforzamos nuestra convicción de que ser comunidad cristiana y querernos como hermanos y hermanas es ser reflejo en el mundo del rostro de Dios.

Vivamos la alabanza.
La ecología integral, camino de conversión

No podemos sino acabar con las mismas palabras del papa Francisco en Laudato Si. Sabemos que este camino de conversión es un camino de alegría, de fiesta, de canto, de esperanza porque nos encaminamos, danzando con toda la creación, hacia Aquel que nos ha creado.

«Mientras tanto, nos unimos para hacernos cargo de esta casa que se nos confió, sabiendo que todo lo bueno que hay en ella será asumido en la fiesta celestial. Junto con todas las criaturas, caminamos por esta tierra buscando a Dios, porque, «si el mundo tiene un principio y ha sido creado, busca al que lo ha creado, busca al que le ha dado inicio, al que es su Creador». Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza» (LS 244)

Queremos decir, queremos vivir, con san Francisco, «alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba».

INOUT



